

AL-QANṬARA  
XXXVI 1, enero-junio 2015  
pp. 283-301  
ISSN 0211-3589

## RESEÑAS

GARCÍA PULIDO, Luis José, *El territorio de la Alhambra. Evolución de un paisaje cultural remarcable*, Granada, Patronato de la Alhambra-Universidad de Granada, 2013, 490 pp.

Ante los importantes procesos urbanos que tanto han transformado nuestros territorios y paisajes en tiempos recientes, son necesarias nuevas investigaciones que contribuyan a la adecuada preservación de sus valores patrimoniales, normalmente frágiles y poco estudiados.

En las nuevas metodologías de análisis territorial que hoy se desarrollan, especialmente en periferias urbanas, cabe destacar la concurrencia de variadas disciplinas: urbanismo, arquitectura, historia, geografía, arqueología, biología, geología, literatura, dibujo, fotografía, bellas artes, economía, derecho... En este sentido, la mirada del arquitecto Luis J. García Pulido trasciende los enfoques habituales de la arquitectura y el urbanismo para ofrecer una nueva visión, interdisciplinar y abierta, sobre el territorio de la Alhambra.

El libro es el resultado de la profunda revisión y ampliación de su tesis doctoral titulada *Análisis evolutivo del territorio de la Alhambra (Granada): el Cerro del Sol en la Antigüedad y en la Edad Media*, leída en mayo de 2008. Sin duda ésta estuvo marcada por el perfil profesional de sus directores, los doctores Antonio Orihuela Uzal (Arquitecto) y Julio Navarro Palazón (Arqueólogo), ambos de la Escuela de Estudios Árabes de Granada (CSIC), lugar donde se ha gestado este trabajo. Así, una de las singularidades de esta investigación, que arroja novedosa luz sobre un lugar tan cargado de historia como el entorno de la Alhambra, es su carácter híbrido.

Aunque la bibliografía sobre este conjunto monumental es amplísima, las investigaciones sobre el territorio granadino aún hoy son escasas. Como antecedentes cabe recordar los estudios sobre geografía urbana de Granada del profesor Bosque Maurel (h. 1960), o el Plan Especial de la Alhambra (1986), al que le han sucedido otros estudios enmarcados en el planeamiento urbanístico que han buscado vínculos entre medio ambiente, ciudad, municipio y área metropolitana.

En el subtítulo del libro aparecen las palabras «paisaje cultural», que ya en 1925 fueron definidas por el geógrafo Carl O. Sauer como «transformación de un paisaje natural por un grupo cultural». Dicho concepto maduró en décadas posteriores, siendo adoptado por importantes documentos –como la Carta de Cracovia (2000)– que reclamaban la adecuada integración entre paisajes y valores culturales. Los «paisajes culturales» se convirtieron en elementos patrimoniales de primer orden con «La Convención Europea del Paisaje», firmada en Florencia (2000) y ratificada por España en 2008. Sin embargo, debe advertirse que hay quienes piensan que dicho término compuesto resulta redundante y sería suficiente la palabra «paisaje» a secas, que siempre ha enfatizado la interacción entre hombre y naturaleza a lo largo del tiempo. En nuestro caso el adjetivo «cultural» subraya el hecho de que se trata de un paisaje singular por su alta concentración de elementos patrimoniales, fruto de las distintas culturas que allí se han superpuesto.

La investigación presentada, siempre guiada por un gran sentido común, se construye a medida para el modelo investigado. Sin perderse en una diversidad de escalas, se enmarca directamente en una visión cercana al monumento, en un ámbito espacial que permite ampliar y entroncar este trabajo con consideraciones paisajísticas de carácter perceptivo, de gran importancia para el disfrute visual del territorio, para recorrerlo o para resaltar el interés de sus miradores. En este sentido cabe destacar la cuidadosa ilustración del libro con imágenes a color, que construyen un discurso gráfico o visual de tanto interés como el propio texto. Para ello se han analizado fuentes documentales disponibles –textuales y gráficas– y se han fotografiado restos materiales conservados, presentándose todo ello como un nuevo corpus gráfico.

La definición del territorio vinculado al monumento alhambrense ha ido cambiando a lo largo de la historia. En esta investigación se consideran las diferentes actividades humanas desarrolladas en el depósito aluvial sobre el que se asienta. Los elementos patrimoniales de este paisaje permiten su puesta en relación con otros ámbitos espaciales que trascienden el mero entorno físico de la Alhambra.

El trabajo se estructura en dos grandes apartados vinculados con la configuración y explotación de este territorio, antes, durante y después de la Edad Media. Los usos del entorno de la Alhambra y Granada en la Antigüedad y en época andalusí, se analizan tomando como hilo conductor los trazados, aprovechamientos y funciones desempeñadas por el agua. El estudio se articula en torno a cuatro ejes que en el Cerro del Sol están íntimamente relacionados: la explotación del territorio, la red hidráulica, las construcciones allí erigidas y las infraestructuras viarias que lo han vertebrado a lo largo de la historia. Todo ello se antecede con una amplia introducción en la que se presenta la orografía, toponimia, red hidrológica, geología y elementos subterráneos propios del territorio de la Alhambra.

En el primer apartado cobra protagonismo la explotación del oro contenido en el «Conglomerado Alhambra». En el segundo apartado se analiza el sistema hidráulico de origen medieval, la estructuración territorial desde la Edad Media hasta nuestros días, así como las construcciones allí establecidas y la infraestructura viaria que ha permitido su vertebración a lo largo de la historia.

La ciudadela nazarí se emplazó en la llamada Colina Roja o de la Sabika, uno de los espolones más occidentales de un largo promontorio que desde el siglo XVI se suele conocer como Cerro del Sol. Se trata de un depósito aluvial que separa los valles del Darro, al norte y del Genil, al sur, actuando como divisoria de aguas entre estos dos cursos fluviales. Esta elevación constituyó la parte principal del área territorial de la Alhambra, pues a través de ella llegó el agua que permitió su desarrollo y hacia ella tuvo vocación de expandirse.

Entre las principales aportaciones de la investigación que fundamenta este libro debe destacarse el descubrimiento de la Acequia de los Arquillos, que por primera vez permite explicar de forma global la ocupación del Cerro del Sol en época nazarí. Puesto que esta canalización de Muḥammad V reaprovechó un canal minero romano, permite a su vez desentrañar el proceso de explotación del oro en la Antigüedad, diferenciándolo de las prácticas mineras del siglo XIX (que reaprovecharon esta canalización, completándola con otra más). Además ello permite demostrar que en época nazarí no se explotó hidráulicamente el oro, como hasta ahora se suponía, pues ello entraría en conflicto con las prácticas de irrigación y el abastecimiento hidráulico a la propia Alhambra y sus almunias.

Así, a partir de un cuidadoso rastreo de huellas territoriales, en unas amplias conclusiones se repasan los elementos más singulares del paisaje de la Alhambra y se subrayan sus principales hitos a lo largo de su historia. De este modo se explican sus transformaciones y se identifican valores patrimoniales que deben preservarse para generaciones venideras.

Finalmente cabe destacar que durante el tiempo en que se ha fraguado este libro, la investigación sobre el territorio alhambrense no ha dejado de aumentarse y revisarse de la mano de diversos proyectos y colaboraciones que el autor ha realizado para el Patronato de la Alhambra y Generalife y para la Delegación de Cultura de la Junta de Andalucía. Entre ellos se encuentra la intervención en la Alberca Rota y los Pozos Altos del Cerro del Sol, el catálogo e inventario de las infraestructuras hidráulicas, el estudio del patrimonio del Valle del Darro, la intervención en la Acequia Real de la Alhambra o el proceso de catalogación de los yacimientos arqueo-mineros auríferos del territorio de la Alhambra. Dichas colaboraciones han permitido al autor avanzar la investigación inicialmente planteada en su tesis doctoral, multiplicando su conocimiento sobre la realidad territorial abordada.

No deja de sorprender la cantidad de pormenores que este libro ofrece sobre un territorio que pudiera parecer –ante una mirada poco atenta– carente

de interés, y por ello quizás presa fácil de la especulación urbanística. En todo caso se espera que esta investigación contribuya a evitar que estos terrenos tengan un desgraciado futuro, según ha ocurrido con otros territorios también ligados a la Alhambra, como el entorno que estuvo vinculado a la Casa de la Gallinas en la ladera sur del Cerro del Sol y el valle del Genil, o la preciada vega de Granada, tristemente ocupada y alterada por recientes construcciones. Éste y otros trabajos están siendo de utilidad para la protección del valle del Darro que se está llevando a cabo desde el Patronato de la Alhambra y Generalife, para evitar la destrucción de sus importantes valores patrimoniales y naturales.

Estamos ante un libro que no solo se destina a investigadores o especialistas, sino que tiene vocación de dirigirse a un público amplio y diverso, con inquietud por pasear y descubrir muchos de los vestigios que aún hoy se conservan más allá de los muros de la Alhambra, en el Cerro del Sol, o en los valles del Darro y del Genil.

Antonio Gámiz Gordo  
Universidad de Sevilla, España

MORALES MOYA, Antonio, FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y BLAS GUERRERO, Andrés de (dir.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, 1516 pp.

La reseña en una revista de Estudios Árabes e Islámicos de un volumen relativo a la historia de la nación y el nacionalismo español exige, a mi juicio, algunas aclaraciones previas que justifiquen su presencia y expliquen la perspectiva que pretendo adoptar en su elaboración. En principio, *Al-Qanṭara* no parece el lugar más apropiado para revisar una publicación como la que aquí se reseña, ya que en ella apenas tienen cabida los contenidos más directamente relacionados con el Arabismo o la Islamología. Ni la historia de al-Andalus ni la contribución del arabismo decimonónico a la historia nacional han sido integradas entre los contenidos de dicho volumen. Aunque resulte paradójico, creo que esta perspectiva excluyente es la que exige que esta revista constituya un lugar idóneo para realizar ciertas consideraciones.

De entrada, cabría plantearse si en una «historia de la nación y del nacionalismo español» deberían tener cabida períodos cronológicos anteriores al siglo XVIII. Si habláramos en exclusiva de nacionalismo, la respuesta sería decididamente no. Respecto a la idea de nación tal vez habría que matizar más la contestación. Al margen de estas consideraciones, lo cierto es que los directores de la obra, A. Morales Moya, J.P. Fusi y A. de Blas, todos ellos especialistas en Historia Contemporánea, han decidido integrar la Edad Media, algo que, desde mi perspectiva, constituye un acierto. Aunque hablar de na-

ción y de nacionalismo español durante dicha etapa histórica resulte, a mi juicio, anacrónico, creo que hay razones que justifican el tratamiento del período medieval, así como de la Antigüedad, en una obra de esta naturaleza. Por lo tanto, nos corresponde valorar aquí el resultado de dicha decisión.

Si la inclusión de la Edad Media resulta apropiada, en cambio no lo es tanto la perspectiva adoptada por los responsables a la hora de plantear el tratamiento de dicho período histórico, dadas las peculiaridades específicas que el mismo presenta en el caso de la península Ibérica. En efecto, la obra reseñada relega el papel de al-Andalus a una mera anécdota ya que, en la práctica, apenas se le dedica una página. El tratamiento del período medieval deja poco margen de explicación a la decisión, no ya de privar de un espacio propio a lo andalusí, sino de eliminarlo prácticamente por completo, pues supone amputar una parte fundamental de la evolución medieval.

Al actuar de esta forma, los responsables de la obra parecen adscribirse a la tendencia, de largo recorrido historiográfico, consistente en excluir a al-Andalus de la historia de España, algo que resulta bastante poco razonable a comienzos del siglo XXI, ya que contribuye a perpetuar esquemas que, hoy día, debemos necesariamente considerar caducos y trasnochados. Al margen de que se admita, o no, que al-Andalus fue España, o de cuál fue la relación entre ambas entidades históricas, desde luego creo que no puede haber la menor duda de que resulta absolutamente imposible explicar el medievo peninsular sin al-Andalus. Por lo tanto, si puede hablarse de un concepto medieval de España, considero que su realidad histórica no podrá entenderse sin integrar en el análisis su relación con al-Andalus.

Para terminar con este primer apartado de consideraciones generales, quisiera referirme a un aspecto más concreto. Teniendo en cuenta el enorme predominio del españolismo en la historiografía española de los siglos XIX y XX, resulta llamativo que en el Prólogo se apele al «patente vacío historiográfico» sobre la nación y el nacionalismo español. Respecto al período contemplado en esta reseña, será suficiente recordar el libro de J.A. Maravall (*La idea de España en la Edad Media*, 1954) o el intenso debate sostenido por Castro y Sánchez-Albornoz respecto a los orígenes de España, de contenido esencialmente historiográfico. Desde perspectivas distintas a las premisas esencialistas en las que se desarrolló aquel debate, el tema no ha dejado de interesar en tiempos recientes, como permite apreciar una leve ojeada a la bibliografía. Hace apenas una década se publicaron las actas del IX Congreso de Estudios Medievales (León, 2003), dedicadas a *Fundamentos medievales de los particularismos hispánicos*, con tres artículos de sendos académicos de la Historia centrados en la idea de España durante las épocas visigoda y medieval.

Desde el comienzo del nuevo milenio cabe hablar de una auténtica renovación del interés por el concepto de España. La perspectiva más tradicional ha sido sostenida desde la Academia de la Historia, que promovió la publicación de dos obras colectivas dedicadas a este asunto: *España: reflexiones*

sobre el ser de España (2000) y España como nación (2002). Poco más tarde, en 2005, se editaba el volumen colectivo titulado *De Hispania a España. El nombre y el concepto a través de los siglos*, surgido de un ciclo de conferencias también organizadas por la Academia y en el que participaban acreditados representantes de dicha institución. Planteamientos muy diferentes pueden encontrarse en los trabajos de autores como J. Álvarez Junco (*Mater dolorosa*, 2001), J.S. Pérez Garzón (editor, *La gestión de la memoria*, 2000), R. García Cárcel (editor, *La construcción de las historias de España*, 2004) o C. Taibo (editor, *Nacionalismo español: esencias, memoria e instituciones*, 2007). La lista podría alargarse, pero creo que los títulos citados son suficientes para cuestionar la idea de vacío historiográfico invocada por los directores de la obra.

Desde otro punto de vista, apenas podría exagerarse la influencia ejercida por conceptos como el de «España musulmana», ampliamente vigente hasta la década de 1970, o el de Reconquista, concebido durante el siglo XIX como lucha de liberación nacional de los españoles frente a los musulmanes y, como tal, uno de los pilares básicos del discurso españolista. A diferencia del primero, la noción de Reconquista continúa gozando de un amplio consenso en el medievalismo actual, aunque buena parte de quienes siguen justificando su utilización lo hagan desde perspectivas bastante distintas a las que han sostenido su vigencia durante el pasado.

Así pues, al menos por lo que se refiere al estudio de la Edad Media, a mi juicio más que de un «vacío historiográfico» relativo a la nación española cabría hablar de una cierta saturación. A este respecto, sin embargo, la obra reseñada supone una cierta renovación de planteamientos y perspectivas, que debe ser bienvenida como indicio de la existencia de sectores académicos que se alejan de las rémoras creadas durante décadas por la hegemonía o el predominio del discurso españolista y, sobre todo, de su versión radical, el nacionalcatolicismo.

Las observaciones previas sirven de preámbulo a otra aclaración necesaria, en este caso relativa al enfoque de la reseña. Una obra de 1516 páginas en la que participan 48 autores, entre ellos nombres de tanto peso académico como J. Álvarez Junco, I. Fernández-Ordóñez, R. García Cárcel o F. García de Cortázar, por mencionar a algunos de los más destacados, y que abarca un arco temporal que se extiende desde la Antigüedad hasta la Contemporaneidad representa un desafío insuperable para cualquier lector especializado. A mi juicio, resultaría ilusorio pretender elaborar una revisión global de una obra de estas características. La amplitud cronológica y temática que abarca convierte en quimérica cualquier pretensión de análisis completo por parte de un único autor, dadas las obvias reservas que exige el imperativo de la especialización. Se impone, por mi parte, una prudente limitación a aquellos períodos respecto a los que estoy más familiarizado. Por otro lado, creo que, además, es lo que corresponde al interés de *Al-Qanṭara*, revista cuyo horizonte cronológico se limita a las épocas medieval y moderna.

La obra se estructura en seis grandes capítulos, de los cuales voy a centrar mi atención, por las razones ya comentadas, en el primero de ellos que, bajo el título genérico de «Génesis de la nación», dirige A. Morales Moya. Este capítulo está dividido en cinco apartados, de los que me interesan de forma particular los tres primeros, relativos a la Antigüedad y la Edad Media, mientras que los dos finales se centran, respectivamente en la época moderna, siglos XVI y XVII (R. García Cárcel) y «La nación española preconstitucional» (obra del propio Morales Moya).

Entre los casi cincuenta autores que colaboran en la obra se cuentan profesionales de muy diversas disciplinas. Aunque abundan, como sería de esperar, los historiadores, también se cuentan especialistas en Filología, Geografía, Politología, Sociología, Derecho y Economía. Entre los primeros predominan de forma casi absoluta los contemporaneístas mientras que, en cambio, escasean los modernistas y, de manera algo sorpresiva, brillan por su completa ausencia los medievalistas, así como los especialistas en historia de la Antigüedad y, por las razones ya comentadas, los arabistas. Aunque faltan los especialistas en dichos períodos (Antigüedad y Edad Media), sin embargo la obra no soslaya su tratamiento, incluido en el capítulo I. Los apartados relativos a «la idea de España en la Edad Media (siglos VII-XIV)» y «el concepto de España en el siglo XV» han sido elaborados por sendos filólogos, ambos hispanistas, Inés Fernández-Ordóñez y Raúl Orellana Calderón, los cuales denotan un gran conocimiento de los textos cronísticos en los que basan sus respectivos artículos.

Sin que ello implique prejuicio alguno respecto a su contenido, lo cierto es que la Antigüedad, época en la que se formula por vez primera el concepto de Hispania, queda bastante diluida en el primer capítulo de la obra, relativo a «Orígenes mitológicos de España», en el que J. Álvarez Junco y G. de la Fuente desarrollan un interesante recorrido por las distintas tradiciones que, desde la propia Antigüedad y hasta la Edad Contemporánea, pasando por la Edad Media, han vinculado a la península Ibérica con leyendas protagonizadas por personajes como Hércules, Túbal o Santiago, las cuales han sido utilizadas como forma de glorificación de la nación. Pese a tratarse de una síntesis de temas muy amplios, los autores elaboran una lectura de interés respecto a cuestiones tan relevantes como el mito de Santiago, la batalla de Covadonga o la función de los componentes goda, cristiano e hispano en la configuración del reino de Asturias.

La principal objeción que cabría plantear a la estructura de esta primera parte de la obra no radica, por lo tanto, en el análisis desarrollado por los autores, sino en los criterios adoptados al concebir la obra, que impiden establecer un hilo conductor claro entre este apartado y los dos dedicados a la Edad Media, quedando de este modo desdibujada la relación entre la Antigüedad y el período medieval. Se produce así el soslayo de lo que debería haber sido un aspecto central en la primera parte del volumen, el análisis de



la evolución de la noción de Hispania desde sus orígenes romanos, pasando por el período visigodo y tras producirse la conquista musulmana.

Esta ausencia no queda resuelta en el artículo elaborado por I. Fernández-Ordóñez, en el que las épocas visigoda y musulmana, así como el reino de Asturias, apenas reciben atención. En cambio, dicha autora acierta al dar inicio a su exposición con el establecimiento de un doble punto de partida: primero, la afirmación de la naturaleza esencialmente geográfica del nombre Hispania/España durante la Edad Media, concebido como territorio peninsular. De este modo, logra superar una de las principales rémoras del paradigma continuista que, de manera tradicional, ha presidido el tratamiento de este tema en la historiografía española, confundiendo, de modo intencionado o involuntario, el concepto medieval de Hispania/España con el contemporáneo. En segundo lugar, la toma en consideración de la forma plural del nombre, cuyo origen se remonta a la época romana y que pervive durante todo el período medieval como forma de expresión de la naturaleza políticamente diversa del territorio. Pese a ello, en momentos puntuales la autora parece incurrir en cierto anacronismo, por ejemplo cuando habla en términos de «nacionalismo hispano» en la obra de Lucas de Tuy, un autor que, como la propia Fernández-Ordóñez recuerda, no duda en designar ocasionalmente como «godos» a asturleonese y castellanos.

El análisis de Fernández-Ordóñez se centra en las fuentes cronísticas, aunque desde una perspectiva selectiva ya que, como se ha dicho, concede escasa atención a los autores de época visigoda, así como a las crónicas asturianas y mozárabes y a la historiografía árabe andalusí. Su estudio se vuelve más denso a partir del siglo XI, si bien mantiene la misma perspectiva, ya que privilegia la cronística castellano-leonesa sobre la navarra y la catalano-aragonesa. Sobre estas premisas, las páginas de mayor interés son las que dedica a las fuentes del siglo XIII, Juan de Soria (supuesto autor de la *Crónica de los reyes de Castilla*), Lucas de Tuy, Jiménez de Rada y, en particular, a la *Estoria de España* de Alfonso X, obra en la que la autora es una consumada especialista. En definitiva, se trata de un texto que, pese a ciertos desequilibrios de contenido, está muy bien documentado y, como se ha dicho, rompe con ciertas inercias tradicionalistas.

Además de las cuestiones ya señaladas y, aunque probablemente no haya sido la intención de la autora, el detallado análisis textual de la cronística castellanoleonese elaborado por Fernández-Ordóñez contiene elementos que cuestionan otro de los prejuicios más persistentes del españolismo, al que me refería al comienzo de esta reseña. Se trata de la incompatibilidad absoluta entre las nociones de Al-Andalus y España, idea originalmente vinculada al concepto tradicional de Reconquista y que tuvo su enésima y más reciente reedición en la obras de S. Fanjul, *Al-Andalus contra España* (2001), en versión académica, y de C. Vidal (*España frente al Islam*, 2004) en versión panfletaria y propagandística. Baste, por ejemplo, recordar las alusiones de Lucas de Tuy



a los musulmanes como hispanos o las referencias de la *Estoria de España* de Alfonso X a emires y califas de Córdoba como «reyes de España».

Dicha visión excluyente y simplista se basa en otras premisas no menos inaceptables, como el soslayo de la permeabilidad de los sistemas culturales. Del mismo modo que la tradición árabe andalusí elabora su historia preislámica peninsular influida por autores hispanos como Orosio, la cronística castellana (sobre todo Jiménez de Rada), acusa la recepción de dicha tradición, conformándose de esta forma un flujo de transferencias que resulta imprescindible para comprender el sentido de la determinante e influyente elaboración ideológica e historiográfica del arzobispo toledano. A mi juicio, sería erróneo considerar como casual o irrelevante la confluencia en Jiménez de Rada de dos singularidades importantes. Primero, que su *De rebus Hispaniae* constituya la primera elevación de Hispania al rango de sujeto histórico. En segundo lugar, que sea el cronista cristiano que acuse con mayor fuerza la influencia de la tradición andalusí, procedente de Aḥmad al-Rāzī.

La inclusión de un capítulo específico dedicado al concepto de España en el siglo XV se justifica por las peculiaridades de este período histórico en el que, entre otros factores, se desarrolla en Europa la competencia por el establecimiento de la precedencia histórica de las «naciones», así como la definitiva unión dinástica entre las Coronas de Castilla y Aragón. En este marco general se produce la floración de una rica producción cronística en ambas Coronas, con peculiaridades propias en cada caso, tal y como destaca el texto elaborado por R. Orellana. El acentuado castellanocentrismo y el fuerte goticismo de autores como Alfonso de Cartagena y Rodrigo Sánchez de Arévalo se contrarrestan en los cronistas catalanoaragoneses con la reivindicación de la primacía de Aragón sobre el conjunto de los reinos hispánicos o el establecimiento por Gauberto Fabricio de Vagad de un origen estrictamente autóctono de la fundación de España, a través de Hesperio, desdeñando a héroes míticos foráneos como Hércules y Gerión. En otros aspectos, en cambio, esta cronística manifiesta características similares a la castellana. Así sucede respecto a la apelación a la ascendencia goda como origen de la monarquía aragonesa y a la reivindicación de la españolidad de Mauritania, a través de su rey Atlas, incluido en el panteón de hispanos ilustres.

Los tres artículos que han centrado mi atención en esta reseña no son los únicos que el arabista o el medievalista podrán leer con provecho en el volumen reseñado. El de García Cárcel, cuya perspectiva sobre el concepto de nación se sitúa en un punto equidistante del esencialismo y del «inventismo», en una opción que denomina «constructivismo histórico», contiene, junto a una síntesis de estos distintos planteamientos en torno a la idea de nación, un análisis de textos pertenecientes al siglo XV. Lo mismo cabría decir de la contribución de A. Morales Moya sobre la polémica entre Américo Castro y Sánchez-Albornoz, inexplicablemente insertada en el capítulo relativo al siglo XIX. En cambio, resulta probable que dichos lectores echen en falta otros

contenidos. Aunque se otorga espacio a analizar la proyección de España en la música y la pintura decimonónicas, en cambio se ha prescindido de la contribución de los arabistas, proyectada en la noción de «España musulmana», tal vez otra manifestación de la ya comentada falta de interés por esa parte de la historia peninsular. Asimismo, llama la atención que en el Capítulo V («España desde su periferia») sólo se hayan atendido las formulaciones procedentes de Cataluña, País Vasco, Galicia y Valencia, soslayando, en cambio, a Andalucía y Canarias.

El balance final que sugiere el volumen reseñado resulta ambivalente. Pese a la incuestionable calidad de los tres primeros apartados, la perspectiva excluyente respecto a los determinantes contenidos andalusíes del período medieval peninsular y a la propia contribución del arabismo decimonónico a la construcción de una memoria histórica nacional resulta difícil de justificar en un volumen de esta naturaleza y limita su interés para arabistas y medievistas. En cambio, dichos artículos, en particular los dos primeros, contienen planteamientos que rompen con un tradicionalismo en el que, precisamente, dicha visión excluyente ha sido la tónica dominante. Por lo tanto, queda la sensación de que se ha perdido una excelente oportunidad para producir una visión total y verdaderamente transformadora sobre la noción de España durante el medievo, aunque resulta razonable dudar de que esta idea estuviese entre los objetivos de los directores de la obra.

Alejandro García Sanjuán  
Universidad de Huelva, España

NIRENBERG, David, *Neighboring Faiths: Christianity, Islam and Judaism in the Middle Ages and Today*, Chicago, University of Chicago Press, 2014, 341 pp.

This book brings together nine articles, eight of which have been previously published between 2002 and 2009. The articles, written in different contexts for slightly different audiences, have been slightly reworked in order to give greater coherence to the whole. The essays deal with various aspects of relations between members of different religious communities in Medieval Spain (primarily in the 14<sup>th</sup> and 15<sup>th</sup> centuries) and in particular with the historiographical debates that have swirled around these issues in the 20<sup>th</sup> and 21<sup>st</sup> centuries.

Prominent among the themes treated here is the ideological work that “Jewishness” plays in medieval Iberian discourse. Nirenberg notes that “the history of medieval rebellions is peopled with ‘Jew-loving’ rulers” (137). Kings or their advisors are accused of being corrupted by Jewish influence: of favoring Jews, sexual relations with Jews, or Jewish descent. Take, for

example the legend (discussed in chapter 3) of Castilian King Alfonso VIII's Jewish mistress, who so bewitches and weakens the king that he loses the battle of Alarcos and neglects his kingdom until his barons rise up and slay her. Jewish influence, in particular sexual contact, is portrayed in this tale as a corrupting, weakening force: this is all the more striking when one compares this legend with that surrounding Alfonso VI's Moorish mistress Zaida. Sexual conquest of a Muslim woman was a metaphor for the conquest of Andalus, and was largely portrayed as positive; sex with a Jewess, it seems, was seen as more about her conquering and corrupting her Christian lover.

1391 looms large in a number of essays in this book: in this year, Christians massacred tens of thousands of Jews in cities and towns throughout the peninsula and forcibly baptized many more. At one point (p. 89), Nirenberg notes that the events of 1391 have never received a proper monographic treatment and says "I hope one day to provide one"; in several of the essays here, one gets a fascinating glimpse at what that monograph might look like. Chapter four examines the case of Valencia, one of the best-documented examples: the attack on Jews who were under the protection of the king was a direct affront to royal authority, and King Joan vows to punish those responsible. Yet the months that followed gave way to a complex series of claims and counterclaims involving the king, his brother, and the municipal council of Valencia. By asserting that miracles preceded, accompanied and followed the massacres and forced conversions, the town council attempted (and largely succeeded) in affirming that it was God's will, not rebellion against the king, that moved the killers.

Several of the articles here explore ways in which 1391 and its aftermath changed the ways in which Iberian Christians conceived Jewishness and affected the relations between Jews, Christians and Muslims. In chapter 5, "Conversion, Sex and Segregation", he shows how just as the Church is seen as the bride of Christ, Christian women are portrayed as both brides and daughters of Christ. Hence the "obsession" of legislators and preachers (such as Vincent Ferrer in the early 15<sup>th</sup> century) with preventing sexual relations between Christian women (be they unmarried, married, or prostitutes) and Jewish or Muslim men. Yet it was only in the 1430s, forty years after the mass conversions of 1391, that we see the emergence of a widespread aversion to sexual relations between "Old Christians" and "Conversos". (It is unfortunate to see in this otherwise excellent essay that Nirenberg reiterates the all too common error that "the 'Jewish badge' was imposed at the Fourth Lateran Council in 1215" (96), when in fact the council called for distinctive dress for Jews and Muslims, not badges).

Jewish and Muslim authorities attempt as well to limit the relations between women of their faith and infidels, as we see in chapter two, though in this the Jewish community was more successful than the Muslim community. Much interfaith sex is between Muslim slave women and their Christian or

Jewish masters. Up until the end of fourteenth century, there are a number of cases in which Muslim slave-concubines converted to Judaism, at times to be freed and to marry their former masters. Yet over the course of the fifteenth century conversion from Islam to Judaism became increasingly difficult: a sign for Nirenberg of “new religious anxieties and shifting hierarchies”. As in chapter five, here Nirenberg shows how the “converso problem” that emerged in the 1430s created subtle but fundamental shifts in the ways Spanish Christians perceived the relations between religious communities.

This has important implications for the historiography of European anti-Semitism and racism, as Nirenberg makes clear in chapters 7 and 8. Chapter 7, “Mass conversion and Genealogical mentalities,” looks at the “Genealogical turn” in 15<sup>th</sup>- and 16<sup>th</sup>-century Spain. At the same time that *limpieza de sangre* statutes made their appearance and “Old Christian” writers worried about the impure lineages, Jewish and Converso writers responded somewhat schizophrenically: sometimes asserting that lineage was of no importance, at other times affirming the superiority of their own lineage (royal Judean stock, the lineage of Jesus and the Virgin) to that of Old Christians (and at times to that of Ashkenaz). Among Jews, Christians and *conversos*, there is debate about who qualifies as a “Jew” and an increasing emphasis on the importance of blood and lineage in that determination.

Chapter 8 deals with the related problem of the emergence of race and racism. Nirenberg revisits much of the recent historiography over the birth (or not) of modern racism through the issue of *limpieza de sangre* in fifteenth- and sixteenth-century Spain. If one defines racism broadly as a sentiment of superiority of one group over another based on real or perceived genealogical difference, then of course one finds racism from the earliest antiquity. If on the other one defines it as based on distinctions phrased in the terminology of biological science, then of course racism first emerges in nineteenth-century Europe. Whether or not one chooses to use the (loaded) term “racism” to describe attitudes in 15<sup>th</sup>- and 16<sup>th</sup>-century Spain, clearly the “genealogical turn” which Nirenberg discussed in chapter 7 creates new attitudes regarding the supposed biological transmission of “Jewish” or “Muslim” personality traits. It is in this period that the term “raça” will be adapted from the realm of animal-breeding to describe the reproduction of human groups. This thoughtful essay seems nevertheless a bit dated, as it ignores the last fifteen years of scholarship on these issues. (See, for example, J. Cohen “Race”, in *Dictionary of the Middle Ages*, Vol. 14: First Supplement, ed. William Chester Jordan, 2004, pp. 515-18; W. Jordan, “Why ‘Race’?”, *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, 31 (2001), pp. 165-173; Geraldine Heng, “The Invention of Race in the European Middle Ages”, *Literature Compass*, 8 (2011), pp. 258-93).

The final chapter, “Islam and the West: Two Dialectical Fantasies”, is a skilful unpacking of how European writers from Hegel forward have defined

the role of Islam in European culture. For Hegel, Christian Europe is a synthesis of Hebrew faith and Hellenic reason: Islam, which represented both a regression to pure faith and a universalist expansion, had no positive role to play in the forging of European culture. Benedict XVI's position in his infamous Regensburg address is quite similar to Hegel's: for the pope Catholic Europe represented the most successful fusion of faith and reason, while implicitly Islam errs on the side of faith (just as Protestants and European free-thinkers err on the side of reason). Over and against these "exclusionists", "inclusionists" insist on the key role that Arab and Muslim culture played in forging Medieval European culture: trade, technology, science, philosophy, or poetry. Nirenberg looks closely at Maria Rosa Menocal's analysis of the creation of European vernacular poetry from (at least in part) influences from courtly Arabic poetry from Andalus. Yet ironically, Menocal's narrative strategy is similar to that of Benedict XVI: a fusion of different elements come together to make an ideal synthesis (courtly poetry, for Menocal; Catholic ecclesiology, for Benedict) only then to be challenged and broken. Both Benedict and Menocal longed for a lost medieval synthesis—for very different reasons.

Throughout these thoughtful, well-written essays, one finds the trademarks of David Nirenberg's work. Complex subjects are presented with clarity, and the diverse implications of the sources are carefully unpacked, dissected and analyzed. This approach allows him to expose the contradictions and assumptions (some of them ideologically charged) of many of our colleagues and forbears. This is a book to put in the hands of your graduate students, to show them what lucidity, precision and rigor look like.

John Tolan  
Université de Nantes, France

SZPIECH, Ryan, *Conversion and Narrative. Reading and Religious Authority in Medieval Polemic*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2013, 311 pp.

This carefully written, well researched, very rich and fascinating study concentrates on Medieval Christian apologetic and polemical writings, supplemented with Jewish and Muslim cases. The sources have in common that they include conversion narratives which introduce apologetic and polemical works (as separate forewords), are affixed to them (as a concluding afterword or even as a concluding part, such as in the case of Sa'īd b. Ḥasan, see p. 192), or accompany polemical texts in an interwoven form (see for such a text, p. 117). All sources were chosen from the Western Mediterranean area, the region where the three communities and their religions were intertwined (to use

an expression of the late Havah Lazarus Yafeh) to such an extent that they could not help “identifying the other as character in its own narrative, either as historical or hermeneutical allies or as rivals.”

The introduction is devoted to the discussion of central questions and methodological and theoretical considerations. These include the role and function of such first person (conversion) narratives in the discourse of religious apology and polemic (apologetics and polemic being two sides of the same coin, see p. 3, 8, and the genre being defined as “an aggressive way to define and defend one’s beliefs,” p. 5), why the Christian, Jewish and Muslim writers told these stories and how such stories conveyed meaning and structure *as stories* reflecting communal religious identities rather than representations of individual histories (see also p. 218). The stage is set by a discussion of the case of Abner of Burgos/Alfonso de Valladolid (c. 1265/70-c. 1347), to which Szpiech returns extensively in chapter five. Szpiech makes clear that he approaches the conversion narratives as a discourse (p. 6) and as narrative. He focuses on documents written about conversion (“things made”— in the terms of Karl Morrison), and integrates in it the experiential aspects (“things felt”) without positing the interior as something preceding the exterior aspects (p. 23): “the polemical conversion narrative *is* [italics by Szpiech, GW] the convert” (p. 23). The introduction then turns to the narrative of the conversion, i.e. “the representation of events, consisting of *story* and *narrative discourse*, in which story is an event (the *action*); and narrative discourse is those events as represented” (p. 5). While strongly focusing on the literary aspects, the author attempts to challenge the generic boundaries between the archival, doctrinal and narrative sources aspects, and interdisciplinary. Connected to this aim he (rightly) posits that conversion can be studied as a discourse but that no generalisation as to its “substance” can be made. Indeed the “a priori” priority that is often attached to the experiential aspect is, as Szpiech remarks, induced by the Pauline paradigm in which this aspect is strongly dominated. His approach departs from that approach, very much in the way Clifford Geertz famously considered piety (and other religious moods, symbols and acts) as phenomena that can be studied as having a “public,” “observable” meaning (C. Geertz, “Religion as Cultural System,” in M. Banton (ed.), *Anthropological Approaches to the Study of Religion*, London, Tavistock Publications, 1966, p. 10). The study is comparative in the sense that Jewish and Islamic cases serve as foils, to highlight the peculiarities of the Christian case (p. 27). Szpiech’s position in this regard is again strongly reminiscent of Clifford Geertz, who famously rejected universal comparativism, for example, in his *Islam Observed*. Nevertheless, he argues, there are recurrent elements in such narratives (enumerated on p. 117): the characterization of self before conversion, dramatization of the struggle and journey, tropes of divine revelation or prophetic dreams, and the trajectory of sacred history. The motive for paying more attention to Christian narratives is that “conversion and con-



version stories become particularly important in Christian treatises after the twelfth century because Christian notions of argumentative authority and proof begin to change at this time” (p. 7). This interest (also expressed in the subtitle of the book) is repeated on p. 20 where he tells us that he sees “the (conversion, GW) story’s details as products of a specific social, religious and ideological context rather than as fragments of an individual biography” and conversion narratives a primarily “intellectual” (p. 25). As such, they construct a (collective) “image of *auctoritas* –understood as both authority and, more problematically, authorship– through the symbolic testimony of the convert”(p. 21), the interest in the relationship between narrative, conversion, and authority especially becomes apparent when the three goals of this study are discussed. These are (1) to survey the place of conversion narratives in religious dispute and ask why and how the form of conversion narratives serves to express their polemical intentions, (2) to study the reasons for the renewed importance of stories of conversion in Christian arguments beginning in the twelfth century, and (3) to compare the Christian examples with a few Jewish and Muslim examples (pp. 5-6). This is done in a literary way, i.e. in the framework of the general focus of this study on ‘intertextuality’ viz. on the impact that the presentation of conversion in one context had on subsequent disputational writing, rather than on archival sources, and, so it seems, on salvation history (“Heilsgeschichte”) rather (in my own words) than history (p. 23-24).

Briefly put, the general argument of the book is that conversion stories play a more prominent role in Christian polemics than they do in Jewish and Muslim treatises because they more fittingly reflect Christian notions of revelation, salvation, and time (p. 6). Medieval Christian arguments had to rely for more on narration than Jewish (and Muslim) arguments because the former express a figural vision of salvation and a dialectical relationship between past, present and future, while the latter do not (pp. 116-17). I will return to the meaning of “more prominent” below.

In chapter one, it is argued that Christian textual narratives of conversion are heavily influenced by the canonical Acts of the Apostles, and in particular the paradigmatic conversion of Saul of Tarsus into Paul the Apostle, as a sudden repentance and sudden change in outer social identity as read and interpreted by Augustine of Hippo. The author does not trace the history of the influence of Augustine, but focuses on two cases of late medieval Iberian converts to Christianity, viz. Juan Andrés (his Muslim name is unknown; his conversion to Christianity allegedly took place in 1487) and the Jewish convert Solomon Halevi/Pablo de Santa María (d. 1435) (conversion around 1391) whose works became widely disseminated. In the latter’s work, the Augustinian position that conversion is gradual, and implies a figural, typological reading of the Jewish scriptures (which are after conversion are no longer to be interpreted “historically” and literally, but figuratively) can be found,



whereas in the former narrative the Augustinian element is avoided due to the fact, so the author argues, that Andrés refutes Islam, and not Judaism. (It is not entirely clear why the author could not have applied a sort of Augustinian paradigm to Islamic beliefs, but then the historical nature of the narrator and his religious background would have to be discussed, something Szpiech avoids, see p. 40). The author then turns more closely to the way Augustine resolved the place in Christian thinking with regard to the Jewish past. He accepted Israel but largely rejected the Jews, ascribing to them in the Diaspora the function of witnesses, until their conversion at the end of time. His model of conversion was through reading and rereading, unifying past, present and future in a spiral (dialectical) model in which the past unfolds into the present and becomes a part of future fulfilment. In it, conversion is brought about by God's grace, which thus makes a new understanding of the text. This doctrine about the nature of God's grace served to unify individual and sacred history in his reading of the Paul's letters, and Paul's conversion as described in Acts (pp. 54-55). This model also involves the necessity of "translation," viz. from the Hebrew into the Latin tradition. Authority is framed into both the scriptures, Jewish and Christian, and the personal authority of the convert who has inside-expert knowledge about his former religious tradition. But whereas in Augustine's *Confessions* the focus is on Biblical texts, in later times, particularly the twelfth century, through the introduction of (Aristotelian) philosophy and non-Christian exegetical authorities into Christian argument the model underwent important transformations. Solomon/Abner's late medieval work is a testimony to the evolution that the Augustinian model underwent: he makes use of post-biblical sources: rabbinical tradition, the Talmud, Christian exegetes as well as Aristotelian philosophy.

Chapter two jumps back in time to the period in which these transformations took place by discussing Moses/Petrus Alfonsi (conversion 1106), whose anti-Jewish and anti-Islamic *Dialogues against the Jews* were written in the beginning of the 12<sup>th</sup> century, and Judah/Herman of Cologne, whose *Little work on his conversion* was written in the middle of the 12<sup>th</sup> century. It describes and analyses the changing importance of Christian conversion stories which had been stabilized by the paradoxical formulations of Augustine's doctrine of grace (p. 54, 225), viz. religious identity as an expression of inner faith on the one hand and an outer manifestation of hierarchies of authority on the other (p. 226). In these works the transformation of Christian disputational writings is evident. Tensions between reason and authority, proof and appeal increased leading to include the narrativized experience, alongside reason and authority (p. 122, cf. p. 225). At the same time, the relations between Jews and Christian begin to change. The old, static typological approach was replaced by an active polemical attitude. Caroline Walker Bynum notes in the same period a process of replacement of linear-change (metamorphosis—the old self is completely replaced by the new self) by hybrid change (dialogue,

some elements of the old self remain) (pp. 223-224). For polemical writings and conversion stories this implied that the authority was no longer mainly based upon biblical texts, but more strongly on philosophical arguments and non-Christian authorities.

Chapter three takes the reader to Islamicate territory, and analyses conversion stories and polemical works written by convert to Judaism who migrated from Europe or converted (see the case of the Khazars) in the Middle East and North Africa. A number of Latin (Christian) and Hebrew (Jewish) accounts of conversion to Judaism are discussed, viz. the Latin chronicle *Annals of St Berin*, which tells about the German deacon Bodo/Eleazar (p. 93) (conversion middle of the ninth c.) who maintained a correspondence with the ninth-century Mozarab author Paulus Alvarus of Cordoba, the Ottonian account of Wecelinus, a clerk of Duke Konrad I of Carinthia (c. 1005), included in Alpertus of Metz's *De Diversitate Temporum*. Next, a number of Hebrew writings from the Cairo Geniza are discussed, viz. documents and treatises about the mythical conversion of the Khazars (among which correspondence between the Jewish Andalusian official, Ḥasdai b. Shaprut, and a Khazar named Joseph, and the correspondence included in the so-called Schechter letter). Conversion stories are included in two texts, the first (probably from the 11<sup>th</sup> century) being written by a monk who converted to Judaism, an apology in the form of fourteen pamphlets (p. 107) written for various priests (now lost), and the second the anonymous Hebrew *Book of Nestor* (12<sup>th</sup> century), which in turns also tells us about a priest who converted to Judaism (p. 108), the narrative of Giuàn/Obadiah of Oppido (no dating, see p. 110). The sources show that Jewish narratives do not balance the relation between the old and new self of the convert, but rather struggle with tensions between particularism and universalism, in line with Jewish religious tradition. Conversion stories-cum-polemics are apparently much rarer in these communities; the two cases found were briefly mentioned above. Not surprising, supersessionism is absent from Jewish writings (p. 119).

Chapter four analyses shifts in the thirteenth-century Christian narrative sources from personal narrative to a stress on linguistic and religious expertise with regard original texts in original alphabet and a turn to an appeal to later, Jews writings, especially the Talmud and Aggadic sources. It starts with an examination of these shifts as exemplified in the anti-Jewish and anti-Islamic polemics by the Dominican Ramon Martí (whose works do not present conversion narratives), and Ramon Llull's autobiography (the *Vita coetanea*) as a conversion story which the author considers to be closely connected with Llull's other works. In this chapter the use of Muslim doctrine as a testimony against the Jews as a "hermeneutical tool" becomes a conspicuous and highly interesting element. The importance of the (mastery of the) original language and text (as replacing the conversion narrative, see p. 133) culminates in the work of Llull. With regard to his works Szpiech lucidly analyses how his conversion

narrative and polemical writings are closely connected in a very original way.

Chapter five turns to the intriguing position of Abner of Burgos in whose works (almost all of them written in Hebrew!) categories between selfhood and otherness are blurred. In his work, the choice between the old religion (Judaism) and the new (Christianity) is not really made, leaving his readers with uncertainty with regard to their own religious options. Interestingly, later Christian convert sources such as Juan Andrés and Pablo de Santa María demonstrate the positions already present in the thirteenth-century sources. Abner's *Teacher of Righteousness* (*Mostrador de justicia*), its conversion narrative and polemical content, to whom Szpiech also devoted his PhD thesis in 2006, seems the subject that must have most occupied the author, perhaps because it signified "a critical turning point in the evolution of conversionary fictions" (p. 173).

The last chapter discusses works by four converts from different times and places, though all wrote their important polemical works in Islamic territory: the Jewish converts to Islam Samaw' al al-Maghribi (1126-1175), Sa'īd b. Ḥasan of Alexandria (converted in 1298), 'Abd al-Ḥaqq al-islāmī (14<sup>th</sup> century) and the Christian convert Anselm Turmeda/'Abd Allāh al-Turjumān (c. 1325-1423/32). It demonstrates how Islamic polemical writings of Jewish and Christian converts to Islam written in Islamic territory are marked by a historical (not a figural) supersessionism, with a strong evidence of a close chronological and linear relationship between past and future. Judaism and Christianity are seen as falsifications of true Scripture rather than limited revelations.

In the conclusion, the fifteenth-century the Jewish *Book of Ahitub and Salman* (written in Hebrew) serves to show how the model evolved even further. In this narrative the historical dimensions are given up. The three protagonists are completely fictional characters. The Jew Ahitub becomes the archetypal hero of myth, and Judaism the triumphant religion, the narrative mirroring the struggle that fifteenth-century Jews faced in Iberia's Christian Kingdoms, where the text was written, argue once more that "conversion stories make most sense when viewed *as stories* (italics by Szpiech) rather than as embellished but factual descriptions of historical events, actions or experiences." (p. 217).

The study reviewed here is very rich in historical and textual detail, and the preceding cannot be more than a discussion of its main theoretical and empirical arguments and sources. Studying and considering the general argument I found myself entirely convinced that the comparison between Christian conversion narratives affixed to polemical text and Jewish and Muslim ones counterparts is fruitful and leads to very interesting qualitative insights. It demonstrates the evolution of constructions of religious identity as expression of inner faith versus the outwards manifestations of hierarchies of authority within the Christian tradition in the Middle Ages. The argument shows how

particular expressions of individual identity and autonomy in the modern period can be traced back to the Middle Ages (see p. 226). I am not completely convinced, however, that the conclusion that the Christian model offers a more important example of the dialectical relationship between the conversion narrative, the polemical text structure of the conversion is justified at this stage, since the number of examples of conversion to Islam and Judaism dealt with is limited and so is number of cases of converts from Islam to Christianity. No further analysis is offered with regard to conversion narratives affixed to the extant polemical source materials in terms of numbers and periods. The author also convincingly argues that conversion narrative make more sense as stories than as representations of individual biography. Indeed “like a stained glass image, the conversion narratives fuse the depiction coloured by tradition with the real light of historical context” (p. 19). But within that historical context and across contexts, in the evolution of the Christian conversion models which the author discusses, I have not found much room for historical agency (discussed on p. 15). Yet, that agency seems to me something that cannot easily be left outside of consideration. Why could the exceptional position of Abner of Burgos as presented in his writings not indicate that individual psychological factors have influenced the narrative? Indeed, we have no way of testing this hypothesis in his case due to a lack of external sources, but perhaps a study of variations within conversion narratives attributed to persons in similar circumstances in the same period might help to shed more light on the aspect of agency? In this respect, it also seemed to me that in explaining the occurrence of conversion narratives more consideration could be given to messianism and prophecy as possible factors. If the conversion narrative ascribed to Abner tells us that God reveals himself to him in dreams (p. 162), why could that not also be taken as possible evidence of a public prophetic statement which can be studied as public religious utterance (i.e. not a thing felt, but as a “thing made”). Finally, the clear political connotation of some of these conversion narratives, especially those related to measures to close synagogues, churches or mosques and turned them into something else or are accompanied by forced conversions. What are these relationships, and how did they influence the narrative structure and the polemical arguments? To return to my introductory remarks, these are questions for further study of texts which are so carefully and fruitfully analysed in this highly needed study. It will undoubtedly be an indispensable tool and reference for all students of the intertwined relations between Judaism, Christianity and Islam in the Medieval Mediterranean world in general and interreligious polemics in particular.

Gerard Wiegers  
University of Amsterdam, The Netherlands